

# JULIA LONDON

Un caballero  
peligroso



Tras provocar la muerte de su primo en un duelo, Adrian Spence regresa a la mansión de Kealing en busca de un poco de paz. Sin embargo, el joven aristócrata ha colmado la paciencia de su padre y, en vez de consuelo, recibe la noticia de que será desheredado en beneficio de su hermano menor. El despechado aristócrata se siente herido e indignado al descubrir la intención de su hermano de desposar a *Lady Lilliana Dashell*. Y Adrian, sin pensarlo dos veces, decide cobrarse su revancha, presentándose ante la familia de la muchacha con una oferta de matrimonio que resulta imposible de rechazar. Consumada la venganza, Lord Albright se cree victorioso. Pero se equivoca. Lilliana no es una mujer cualquiera. Y, por primera vez, el orgulloso caballero sabrá lo que es sentir... un verdadero amor.

# Capítulo 1

*Dunwoody, sur de Inglaterra, 1834*

**P**hillip Rothembow ya no pertenecía a este mundo. Ninguno de los reunidos alrededor de la tumba se habría imaginado que su muerte fuera a ocurrir de esa manera, aunque entre ellos sí había quienes habían apostado a que no llegaría a los treinta y tres años. Pero jamás soñaron que moriría forzando la mano de su propio primo. Y todos estaban de acuerdo (y con bastante firmeza, delante del juez de paz) que Adrian Spence, conde de Albright, no tuvo otra alternativa, o mataba o moría él.

En todo caso, algunos de los dolientes alegaron (en el *pub*, antes del servicio fúnebre) que Albright podría haber evitado el enfrentamiento si no le hubiera dicho a Rothembow que dejara de hacer trampas en el juego. Claro que nadie podía discutir que las trampas de Rothembow eran algo normal, ni que Albright había tenido paciencia de santo a lo largo de los años. Pero podría haberlo pensado dos veces antes de acusar a su primo en una sala llena de gente.

Ese parecer fue rebatido por el otro igualmente insistente de que Rothembow estaba haciendo trampas con tanto descaro que era evidente que se buscó la llamada de atención. Unos cuantos alegaron que Rothembow estaba demasiado borracho para saber lo que hacía, y esto lo demostraba en particular el haber llamado cobarde a Albright. De todos los hombres, el conde de Albright era el último al

que se le podía tildar de cobarde, y además, ¿qué podría haber hecho Albright? Difícilmente puede un hombre dejar que se insulte su reputación sin vengar su honor. Ninguno de los dolientes podía culpar a Albright por aceptar el reto a duelo del borracho Rothembow.

Tampoco ninguno podía creer que los dos hombres hubieran seguido hasta el fin.

Así pues, la opinión colectiva era que, al margen de los motivos que llevaron a Rothembow y Albright a enfrentarse en el campo de tiro, este último no tuvo alternativa. Y sí que hizo lo honroso disparando al aire; Rothembow, que seguía borracho perdido esa mañana, respondió disparándole al cuerpo (falta tan enorme que los hombres se estremecían cada vez que lo recordaban) y erró el tiro. Sin embargo, eso no fue nada comparado con lo que hizo después, y los dolientes tenían opiniones encontradas respecto al tema de la culpabilidad de lord Fitzhugh.

Habiendo comprado recientemente una hermosa pistola alemana de dos cañones con incrustaciones de madreperla, lord Fitzhugh sintió la necesidad de llevarla en su nueva funda de piel durante todo el fin de semana, no fuera a ser que el grupo fuera atacado por ladrones u otro tipo de forajidos. Tan confiado se sentía con su nueva pistola que adquirió la costumbre de llevar la capa arrebujaada de modo que el arma quedara a la vista. Y así era como la llevaba cuando Rothembow se la sacó de la funda; cogió la pistola, preparada para cualquier emergencia, naturalmente, y disparó por segunda vez a Albright, con la clara intención de matarlo. Albright tuvo que defenderse, y muchos estaban de acuerdo en que fue un condenado milagro que alcanzara a sacar su pistola y disparar antes que su primo lo abatiera con un tercer disparo. Fitzhugh fue el tonto y Rothembow el cobarde, aunque uno del grupo hizo notar que la locura reflejada en los ojos de Rothembow sugería que tal vez más que cobarde estaba desquiciado.

Eso dio pie a otra ronda de alegatos respecto a si la intención de Rothembow habría sido que Albright lo matara. No era ningún secreto en el grupo que Rothembow estaba hasta el cuello de deudas, habiendo dilapidado su fortuna y su vida entre el exceso de alcohol y las mujeres de la señora Farantino. Daba la impresión de estar empeñado en su propia destrucción. Pese a eso, para ellos era inconcebible que un hombre estuviera tan desesperado por acabar con su vida que recurriera a medidas tan extremas. Inconcebible, pero por lo visto, posible.

En ese momento, junto a la tumba, todos los que habían ido a presenciar el increíble final de su partida de caza en el campo observaban disimuladamente a Albright y a sus amigos por debajo de las alas de sus sombreros, mientras el cura recitaba monótonamente:

«Conoce en esta muerte la luz de nuestro Señor...».

Los Libertinos de Regent Street (Adrian Spence, Phillip Rothembow, Arthur Christian y Julian Dane) eran los ídolos de todos los hombres de la aristocracia. De hecho, la última discusión que surgió por encima del bullicio del *pub* fue cómo se habían ganado ese apodo los cuatro amigos de la infancia. Nadie lo recordaba exactamente, pero todos coincidieron en que el apodo se lo habían ganado honradamente. Se conocieron en Eton, y ya entonces adquirieron la reputación de niños réprobos. Pero el apodo, propiamente como tal, surgió cuando, hacía unos años, empezaron a aparecer sus nombres con alarmante frecuencia en el *Times*. Los Libertinos hacían gala de su predilección por romperles el corazón a las recatadas jovencitas que se presentaban en sociedad durante la temporada y ocupaban el día en pasearse por Regent Street visitando tiendas. Capaces de hechizar a las damitas y a sus madres por completo, también eran inexorables en ganarles las dotes a sus padres en los clubes de juego por la noche.

«Conoce la virtud del amor...».

Esa costumbre no inspiraba mucha simpatía por los cuatro amigos en la sociedad de Regent Street, y los más conservadores opinaban que el hábito de frecuentar sin tapujos los notorios tocadores de Regent Street a altas horas de la madrugada era el más atroz de sus muchos pecados.

«Y la virtud de la vida...».

No obstante, los Libertinos eran un grupo envidiable que vivía según su propio código y amasaban inmensas sumas de dinero en sus diversas actividades de negocios. Vivían al límite, sin temer el peligro, sin temer a la ley, y hacían ostentación de su desdén por lo que la sociedad esperaba de los jóvenes de la nobleza ante la alta sociedad; exactamente lo que cada uno de los asistentes al funeral desearía hacer si tuviera el valor para hacerlo. Hasta ese día.

«Y conoce la virtud de la misericordia...».

Hasta el solemne dolor reflejado en las caras de los Libertinos supervivientes sugería que habían probado el sabor de su mortalidad.

Y los dolientes habían probado la suya.

«Amén».

Una vez terminado el espectáculo, los asistentes comenzaron a dispersarse, alejándose de la tumba, en busca de refugio de los amenazantes nubarrones. Junto a la tumba sólo quedaron cinco personas. Dos eran los enterradores, que estaban llenando el hoyo antes que lloviera. Los tres Libertinos supervivientes estaban ligeramente separados, al parecer indiferentes a la fina llovizna, mirando con rostros sin expresión la tumba abierta.

Adrian no podía apartar la vista del ataúd de pino de su primo, mientras las palabras del cura resonaban en su cabeza, acosándolo. «Conoce la virtud de la misericordia», sí, pensó amargamente. Jamás volvería a conocer la misericordia; jamás volvería a conocer la paz. Había matado a su primo, uno de sus más queridos amigos, y con ello también

había destruido su vida. No habría misericordia para él en toda su vida.

Miró a Arthur, que estaba rígido y ceñudo mirando a los enterradores amontonar tierra sobre el ataúd. Arthur, que en un momento de aflicción la noche anterior confesó que Phillip era el único que lo consideraba con respeto y admiración. En su nada envidiable posición de tercer hijo de un duque, lord Arthur Christian, desde que Adrian lo conocía siempre se había sentido insignificante. Solamente Phillip, le dijo, lo había considerado capaz de mover montañas. Sólo Phillip había deseado seguirlo hacia donde él lo guiara. Pero, se lamentó Arthur, jamás lo había conducido a ninguna parte, porque no veía hacia dónde conducirlo. Después se censuró duramente por no haberse dado cuenta antes de la espiral descendente en que estaba Phillip.

Demonios, Adrian, tampoco la había visto; jamás lo entendió, hasta que Phillip ya estaba muerto.

Pero Julian sí la había visto. Desde hacía dos días, el conde de Kettering casi no había hablado, aparte de decir, la noche anterior, conmovido por la confesión de Arthur, que él sí había visto cómo iba cayendo Phillip, y no había hecho nada para impedirlo. Julian, que en ese momento estaba bien envuelto en su abrigo, muy ceñudo, había sido el constante compañero de Phillip durante esos cinco últimos años más o menos; siempre había habido un lazo especial entre ellos, y le resultaba particularmente difícil soportar la muerte de Phillip; temía no haber tomado muy en serio la desesperación de su amigo. Eso se debía tal vez a que él mismo lo estaba pasando muy mal; único guardián de sus cuatro hermanas menores desde hacía muchos años, había sufrido muchísimo desde que perdiera a una de ellas unos años atrás. Comprensiblemente desasosegado desde la muerte de Valerie, se había dedicado a acompañar a Phillip en escapadas cada vez más disparatadas, en busca de algo que lo fascinara.

Según dijo, él había visto la caída de Phillip, pero no había hecho nada en consideración a su orgullo; había confiado demasiado en su fuerza, en que la estimación de Phillip por *lady* Claudia Whitney lo ayudaría, para hacer algo al respecto. Él había permitido que ocurriera, y ningún argumento de Adrian ni de Arthur logró convencerlo de lo contrario.

Pero con todo el sufrimiento de Arthur y Julian por Phillip, ellos no lo habían matado, pensó Adrian. Fue él quien lo mató. Líder no oficial de sus amigos durante más de veinte años, les había fallado a todos haciendo lo impensable. El maldito autodomínio, por el que era famoso, se había quebrado como una ramita bajo la presión de un poco de miedo y una desconcertante incredulidad ante lo que estaba ocurriendo. Los acontecimientos de ese fin de semana pasaron mil veces por su mente, mientras buscaba un motivo, algo que le sirviera para explicarse esa horrible tragedia.

¡Y todo empezó tan inocentemente! Harto de las trampas de Phillip con las cartas, le pidió que dejara de hacerlas, así de sencillo, y como un imbécil, sonrió burlón cuando éste le exigió una satisfacción. Debería haberse marchado. Pero su orgullo no se lo permitió, y se convenció a sí mismo de que cuando Phillip recuperara la sobriedad arreglarían pacíficamente la tonta discusión. Pero Phillip no recuperó la sobriedad, y cuando vio que le disparaba, se giró hacia otro lado, asqueado. Dios santo, todo ocurrió demasiado rápido; el grito de advertencia de Arthur, la bala que le pasó por encima de la cabeza, su frenético salto hacia el pequeño tocón donde había dejado su pistola, y el borroso instante en que se giró y disparó a Phillip dándole en el corazón.

En la distancia sonó un toque de difuntos. Los enterradores terminaron de cubrir el ataúd y se marcharon enseguida, después de mirar recelosos a los tres caballeros que



quedaron allí. Ya estaba cayendo una fina lluvia, pero Adrian no lograba mover los pies para alejarse de la tumba.

—Vámonos, ya acabó —le dijo Arthur en voz baja. Incapaz de mover las piernas, Adrian no se inmutó.

—¿Albright? La lluvia...

—Fui un condenado idiota por dejarme amilanar —masculló Adrian, sin dirigirse a nadie en particular, sus ojos clavados en el montículo de tierra.

Arthur exhaló un suave suspiro mirando la tumba.

—Puede que hayas apretado el gatillo, pero él quería que lo hicieras. No te atormentes, él lo quiso.

Adrian sintió una punzada de dolor detrás de los ojos y los cerró fuertemente.

—Buen Dios, ¡nadie desea morir! —exclamó.

—Él sí —murmuró Julian con amargura. Le colocó una mano en el antebrazo—. Vámonos.

«No hay misericordia», gritó una voz en la mente de Adrian; se apartó bruscamente de su amigo, sintiéndose indigno de compasión.

—No me di cuenta de lo que le ocurría —susurró, desesperado—. Es decir, sabía que tenía dificultades, pero no que se estaba ahogando.

—Yo tampoco, bien sabe Dios —suspiró Arthur—. Yo sí debería haberme dado cuenta. —Miró receloso a Adrian y Julian—: Escuchad, no nos vemos con la frecuencia que nos convendría. Deberíamos hacer un esfuerzo por reunirnos más a menudo.

Sensiblería de un hombre que acaba de asistir a un entierro, pensó Adrian; pero comprendía a Arthur. Si él hubiera pensado que esa sería la última vez que vería a Phillip...

—Nuestras vidas han tomado diferentes rumbos, Arthur —dijo Julian—. Las cosas no son como antes.

—Y no pido que vuelvan a serlo —repuso Arthur—. Sólo creo que... vamos, hagamos una promesa, un juramento entre nosotros. Hoy, ante la tumba de Phillip, prometamos no permitir jamás que otro de nosotros caiga por la pen-

diente. Nada quedará sin decir entre nosotros. Juro que, por lo menos una vez al año, en el aniversario de la muerte de Phillip, me encargaré de comprobar que todo va bien en vosotros dos, que no caerá otro de nosotros —dijo en tono casi desesperado.

—Arthur, estás agobiado por las emociones —insistió Julian, mirando a Adrian indeciso.

—Maldita sea, Kettering, ¿qué mal hay en ello? —protestó Arthur.

Julian frunció el ceño y miró la tumba de Phillip. Adrian se limitó a encogerse de hombros; no había ningún daño en hacer una promesa, y si eso aliviaba la angustia de Arthur, pues, ¿por qué no? Cada uno seguía su propio camino en su vida y ningún juramento ante una tumba cambiaría eso.

—Juro —dijo.

Arthur miró a Julian con impaciencia.

—Qué tontería más sensiblera, Christian —protestó Julian con un gemido; puso los ojos en blanco ante la mirada que recibió de sus amigos; soltando un bufido de exasperación, asintió con la cabeza—: De acuerdo, juro. ¡Juro! ¿Eres satisfecho?

Los ojos de Arthur volvieron a la tumba de Phillip.

—Pues no —musitó.

Adrian también hizo un gesto de pena al mirar el montículo de tierra. Debería haber prestado más atención, pero ya era demasiado tarde. Phillip estaba muerto. De pronto se sintió indispuerto, giró bruscamente sobre sus talones y echó a andar, a grandes zancadas, el borde de su capa golpeando sus botas.

Después de una última mirada a la tumba, Arthur y Julian lo siguieron.

## Capítulo 2

*Kealing Park, Northampton, Inglaterra*

Llegados a la carretera. Adrian tomó rumbo al norte, separándose de Arthur y Julian, que siguieron hacia Londres. Cabalgaba lo más rápido posible para alejarse cuanto antes de Dunwoody y de su incalificable acto. Pero no existía ningún lugar donde huir, donde poder refugiarse de su sentimiento de culpabilidad. Londres, de ninguna manera; no tenía el menor deseo de enfrentarse a la alta sociedad, después de lo ocurrido, ni a su padre, que estaba allí. Kealing Park era el último lugar donde buscaría refugio, pero era la casa familiar, el único lugar de la tierra donde podía encontrar un poco de paz; aunque de eso no tenía la menor esperanza.

Cabalgó y cabalgó, ajeno a su entorno, sintiéndose como si todo su ser se hubiera desperdigado en mil direcciones diferentes, como las hojas que hacía saltar su brioso caballo *Trueno*. Revivió una y otra vez cada instante, desde el momento en que llegaron a Dunwoody hasta la mañana fatal, en busca de una explicación que le permitiera volver a armar las piezas. En su mente vio cada vuelta de carta, y empezó a dudar de que Phillip hubiera estado haciendo trampas; tal vez sólo iba perdiendo. Tal vez, por una vez en su vida, no estaba haciendo trampas.

En la aldea de St. Albans era día de mercado y el tráfico lo obligó a detenerse un momento. Mientras esperaba divisó a dos caballeros; uno de ellos tenía los cabellos dora-

dos, igual que Phillip, y su mismo andar ágil, e iba haciendo girar distraídamente su sombrero en un dedo, tal como solía hacer Phillip. Un escalofrío lo recorrió todo entero, estuvo a punto de llamarlo, y entonces se le cayó el alma al suelo. No podía ser Phillip, de ninguna manera; Phillip estaba muerto.

Con el corazón golpeándole el pecho se apresuró a salir de la aldea antes que alguien viera la locura que lo había poseído. ¿Es que estaba perdiendo la chaveta? ¿Cómo podía ser tan ridículamente sentimental? «¡Phillip estaba muerto!».

Phillip, que llegara a Dunwoody con un botellín de *whisky* bajo un brazo y una mujer particularmente notoria en el otro, marcando así el comienzo de un fin de semana de libertinaje, tan típico de sus encuentros. Phillip, que esa noche estaba tan borracho que a él le maravilló que lograra mantenerse de pie. «¿Entonces por qué te sentaste a jugar a las cartas?», se preguntó en voz alta. El cabrón siempre hacía trampas, y la magnitud de éstas la determinaba la cantidad de licor que había bebido. «¿Por qué no me marché?».

Jamás sabría por qué, pero no se había retirado, y lo siguiente de que tenía conciencia era la acusación que salió de su boca, sin pensarla. Luego Phillip poniéndose de pie, tambaleante y con una extraña expresión de victoria en la cara. ¿O fue imaginación suya? «Me has insultado, Albright. ¡Exijo una satisfacción!».

Eso lo desconcertó por completo; era lo último que habría imaginado oír de labios de Phillip. No había sido su intención ofenderlo, no, eso jamás. Y cuando trató de restarle importancia riendo, dado el estado de ebriedad de su primo, éste lo miró directamente a los ojos, preguntándole: «¿Es que eres un cobarde?».

Adrian emitió un gemido y agitó bruscamente la cabeza. *Trueno* estaba respirando con dificultad, observó; tiró de las riendas y aminoró el paso. Cuando el caballo iba

más descansado, al trote suave, recordó el torbellino de emociones desconocidas que lo desequilibraron esa noche: el deseo de golpearle la estúpida boca a Phillip; horror absoluto ante lo que éste estaba haciendo; enorme confusión respecto a los «por qué».

—¿Q-qué? —logró tartamudear como un imbécil.

—¡Pardiez, creo que tienes miedo! —gritó Phillip—. Eres un cobarde asqueroso, Albright.

Y con esas palabras lo dejó arrinconado con su tonto orgullo; pero ni siquiera en ese momento tuvo la intención de batirse a duelo.

—De acuerdo, Rothembow. Pistolas al amanecer —replicó.

Oyó la exclamación ahogada de Arthur y vio que Julian se giraba mirándolo como si se hubiera vuelto loco, lo que sin duda era cierto.

Y realmente debía estar loco; se presionó la frente con la mano enguantada, viendo en su mente esa extraña y misteriosa sonrisa que se dibujó en los labios de Phillip. «Maravilloso», dijo su primo y, cogiendo a Tina por la muñeca, salió de la sala llevándola con él, presumiblemente a esperar el amanecer.

Si todo hubiera acabado ahí, pensó amargamente. Pero no. El alba llegó, demasiado pronto, y, aunque pareciera increíble, Phillip no había cambiado de intención; tampoco había recuperado la sobriedad.

De pie en ese campo, se sintió como si fuera el actor protagonista en una especie de pesadilla. Estaban reunidos allí todos los del grupo, con sus ayudas de cámara; sus alegres risas indicaban que ellos también pensaban que el supuesto duelo era más un entretenimiento que un peligro. Pero él estaba mudo de incredulidad y miedo; solamente Arthur y Julian parecían compartir su miedo, y trataron de hacer entrar en razón a Phillip. Pero éste se mantuvo en sus trece, implacable, con una determinación rayana en lo macabro. Así pues, apretando los dientes y tragándose el or-

gullo, no le quedó otra opción que elegir una pistola de duelo, mirando enfurruñado a Fitzhugh cuando le ofreció riendo su nueva pistola y volvió a guardarla en su pistolera. Luego dio los veinte pasos reglamentarios, maldiciendo a Phillip para sus adentros y prometiéndose darle una buena paliza por ponerlo en esa situación; y dada la señal, disparó al aire.

Si todo hubiera terminado ahí. Pero Phillip, maldito sea, soltó una fea risita y, tambaleándose, levantó su pistola y disparó.

Algo murió dentro de él en ese momento. Phillip le disparó, realmente; asqueado, él se alejó hacia el tocón donde había dejado la pistola, con la única idea de alejarse de Dunwoody y de Phillip.

El espantado grito de Arthur le puso carne de gallina en la nuca; se giró y vio a Fitzhugh caído de trasero en el suelo y a Phillip apuntándolo con esa preciosa pistola, apuntándole a la espalda. No tuvo tiempo para pensar; se agachó a coger su pistola en el instante en que pasaba una bala silbando por encima de su cabeza. Fue como un instinto ciego, el tipo de reacción automática que uno tiene cuando es atacado; sin saber cómo, su mano cogió la pistola, sin saber cómo, la amortilló al mismo tiempo que se echaba al suelo de espaldas, y sin saber cómo, la disparó con precisión letal antes que Phillip pudiera volver a disparar.

Adrian frenó bruscamente a *Trueno* y se apretó los ojos con los nudillos para calmar el ardor; la imagen de Phillip arrojado al suelo por la fuerza de la bala lo atormentaría todos los días de su vida.

Pero... ¿le disparó Phillip en realidad? ¿O disparó intencionadamente por encima de su cabeza? ¿Amortilló la pistola para volver a disparar, o sólo se lo pareció?

Se dijo nuevamente que no había tenido alternativa; Phillip lo habría matado. Se lo repitió una y otra vez, ansioso de creerlo, pero no logró borrar la imagen de los ojos de Phillip. Jesús, sus ojos.

De pronto volvió a espolear a *Trueno* para ponerlo a galope tendido, en un vano intento de liberarse del dolor que le quemaba el alma. Su corazón. Dios santo, su corazón estaba a punto de explotar de la pena de haber perdido a ese ser tan querido. No se había sentido tan vacío desde que muriera su madre, hacía casi veinte años. No, eso no era cierto. Desde la muerte de su madre no había sentido nunca nada. Archie se había encargado de eso.

Archie, como llamaba despectivamente a su padre en sus pensamientos, era Archibald Spence, marqués de Kealing: tirano, misógino y cobarde. Para la aristocracia rural y los elegantes de la ciudad era el brillante ejemplo de lo que debe aspirar a ser un par del reino. Nadie de fuera de la familia, salvo unos pocos criados antiguos, sabían del ruin desprecio con que había tratado a su mujer, *lady Evelyn Kealing*, y a él, su hijo mayor y heredero, día tras desgraciado día.

Su primer recuerdo de infancia era de él y su hermano menor Benedict asustados en la sala de los niños mientras llegaban a sus oídos palabras como «puta» y «marrana» a través de la chimenea que servía a los hogares del salón y la sala de los niños. Los insultos verbales eran constantes y a veces Archie los respaldaba con golpes de sus puños. En esas ocasiones, él, niñito tonto, intentaba defenderla, lo que le valía palizas de su padre y todo tipo de insulto que le pasara por su cabeza demente. Esa fue la época en que comenzó a aprender a no sentir. «No sientas nada, no sientas nada, no sientas nada».

Nunca había ningún motivo para los insultos ni para los malos tratos, ningún incidente ni fechoría que él pudiera recordar. Archie sencillamente lo despreciaba; al parecer lo había despreciado desde el momento de su nacimiento, y él había buscado refugio en la callada soledad de las colinas, riachuelos y valles de Kealing Park.

Pero su madre estaba atrapada, y murió destrozada por el sufrimiento cuando él sólo tenía doce años. Entonces Ar-